

No hubo segunda oportunidad...

"Para alguna parte de mi generación, creo yo, los que partimos de una realidad ardiendo, la gran empresa de una posible revolución exterior e interior preparados para vivir un nuevo mundo, aunque después de hecho vivimos la muerte y la destrucción, esa parte se me ocurre tiene una segunda oportunidad de entregar, plasmar un cierto sentido de vivir y de ser, limpiar esas banderas ensangrentadas, reformular nuestros fundamentos como comunidad y nuestra diferencia. Fundirse a lo que antes se llamaba pueblo, seguir desde donde partió para nosotros 1970..." (Notas acerca del futuro, ponencia de José Ángel Cuevas, julio de 1990).

Una poética de la Utopía Remendada, algo así como: la esperanza es lo último que se empeña, parecen decirnos los "Treinta poemas del ex poeta José Ángel Cuevas" (Editorial América del Sur, 1992). Este ex poeta, ex-militante, extemporáneo y por lo mismo, excéntrico poeta urbano se las trae con su actual libro, cabeza de turco para aporrear viejos y queridos temas: el mito de los setenta, las imperfectas mujeres reales, la santidad del alcohol, las micro-utopías cotidianas, entre palabras mayores como nostalgia, como emoción, como belleza.

Su poesía le sitúa espacio-temporalmente como habitante de la urbe congestionada, generación diezmada por la mala vida de todos los días, palabra vacilante/ vaciladora de cuanto discurso de poder existe. En estos treinta poemas brilla con luz inusitada en nuestra poesía, la voz de los beatniks (Ginsberg, Kerouac, Corso, Ferlinghetti) y su discurso contestatario; algo demodé e inocuo, cierto, pero coherente y necesario, creemos.

Un diario de época, anacrónico, testimonial. Un esfuerzo poético por rescatar del olvido/ la omisión a personajes, gestos y emociones ignorados por la historia reciente, la presente sensibilidad; lecturas impacientes que vienen siendo mi labor crítica, por ejemplo. Poemas que dan fe de un mundo hecho trizas: "uno no se da cuenta dónde está uno no sabe ya quién es uno pierde el sentido de la/vida los días pasan los cielos corren las cordilleras nevadas o desnevadas..." (Uno no es ninguno, pág. 7).

La ausencia o la presencia devastada, las ruinas de una realidad sumida en una estereotipada película de horror no le enmudece, al contrario le contraría hasta el estilo: "En fin, el suscrito está sentado en un montículo/ del río y por él pasan trozos de discurso/ muertes llantos información, sólo información" (Conversaciones sobre ciudades, pág. 11). Con arte y parte del drama: "Los alcohólicos de Chile lloran/ llevan su pedazo de locura pegada al pellejo/ vencidos parcialmente por la vida/ por la muerte/ como los araucanos/ no fueron capaces de seguir disparando/ tiraron la toalla..." (Los alcohólicos de Chile, pág. 14).

Sus mejores aciertos se logran al convocar la desesperación y el abandono del hablante como señas de identidad. "La estrella del país", "Film" y "Crefste que era fácil la Revolución, eh muchacho" demuestran con cartas sobre la mesa esta pérdida del paraíso. Las citas-epígrafes de ambas partes: Juan Luis Martínez y Rodrigo Lira, señalan equivocadamente la dirección otra que habría de tomar la poesía de dicha generación: experimental, autorreflexiva, intertextual, irónica e inclusive, hermética para sus propios lectores. José Ángel Cuevas no pide una segunda oportunidad —nadie puede dársela, tampoco—, canta a lo que cree, creyó y seguirá creyendo. No hay caso.

Marcelo Novoa

1944
el Mercurio, Velhoano, 3-XI-1992 p. B.6.
000194525 (A849274)